

## Sobre postcolonialismos maltrechos, descolonizaciones malogradas y angostamientos universitarios

### Failed postcolonialisms and unfinished decolonisations

Fernando Gómez Herrero  
Universidad de Birmingham  
[fg.h.2173@gmail.com](mailto:fg.h.2173@gmail.com)

**Resumen:** Evaluación crítica de las nociones de “fracaso” y “primera ola,” “descolonización” y/o “postcolonialismo” a ambos lados del Atlántico Norte. Tenemos dos maneras académicas distintas de trabajar dichos interrogantes: las propias de historiadores de postrimerías del período colonial y de principios de la época nacional con un foco en la zona andina (Mark Thurner), y la de los “culturalistas post-estructuralistas” (John Beverley) que cuestionan la incomodidad disciplinar, los fundamentos del quehacer histórico, y que siguen tirando de la literatura en algunos casos. Ambas modalidades se enmarcan en “América Latina,” dentro de los Estudios de Areas Extranjeras con sus impulsos civilizatorios o geopolíticos, tal y como los gestionan las naciones-estados más influyentes, los EE. UU. y el Reino Unido entre otras, con sus respectivas universidades. Se mencionan los temas sobresalientes y los enmarques de ambos autores. Se incluyen las problemáticas de la institución de la universidad estadounidense y británica en relación con las “lenguas modernas” (o las “humanidades extranjeras o incluso extranjerizantes”) en unos momentos de fuertes incertidumbres y angostamientos innegables.

**Palabras claves:** fracaso, América Latina, estudios de área extranjera (Area Studies), postcolonialismo, descolonización, John Beverley, Mark Thurner, universidad, política, las humanidades, las ciencias sociales

**Abstract:** Evaluación crítica de las nociones de “fracaso” y “primera ola,” “descolonización” y/o “postcolonialismo” a ambos lados del Atlántico Norte. Tenemos dos maneras académicas distintas de trabajar dichos interrogantes: las propias de historiadores de postrimerías del período colonial y de principios de la época nacional con un foco en la zona andina (Mark Thurner), y la de los “culturalistas post-estructuralistas” (John Beverley) que cuestionan la incomodidad disciplinar, los fundamentos del quehacer histórico, y que siguen tirando de la literatura en algunos casos. Ambas modalidades se enmarcan en “América Latina,” dentro de los Estudios de Areas Extranjeras con sus impulsos civilizatorios o geopolíticos, tal y como los gestionan las naciones-estados más influyentes, los EE. UU. y el Reino Unido entre otras, con sus respectivas universidades. Se mencionan los temas sobresalientes y los enmarques de ambos autores. Se incluyen las problemáticas de la institución de la universidad estadounidense y británica en relación a las “lenguas modernas” (o las “humanidades extranjeras o incluso extranjerizantes”) en unos momentos de fuertes incertidumbres y angostamientos innegables.

**Keywords:** Failure, Latin America, (Foreign) Area Studies, Postcolonialism, Decolonization, John Beverley, Mark Thurner, university, politics, the humanities and the social sciences

## Trasfondo

Dos libros escuetos de reciente factura nos han amenizado las veladas de un estío convulso (masacre en Uvalde en Texas, huracanes caribeños y calenturas varias de cambio climático en territorios europeos y otros, apuros de Biden y de Johnson, coletazos trumpianos y tensiones brexitianas, continuados angostamientos universitarios, etc.). Estos son: *El fracaso de América Latina: Postcolonialismo en tiempos malos*<sup>1</sup> [lo abreviamos como *Fracaso* en adelante] a cargo del estadounidense John Beverley y la colección de ensayos dirigida por el estadounidense Mark Thurner titulada *Primera Ola de Descolonización*<sup>2</sup> [*Primera Ola*, en páginas sucesivas], ubicados en Pittsburgh en Pennsylvania, EE. UU. y la metrópolis londinense respectivamente hasta fecha reciente. Hay toque de campanas a muerto: el centro de estudios latinoamericanos ha desaparecido de la llamada *School of Advanced Studies de la University of London*. A tres años vista, analizamos esta doble pinza estadounidense para colgar unas prendas propias de dimensiones americanas amplias, tildadas convencionalmente de latinas, en unos momentos delicados de franca hostilidad, clara o velada, a ambos lados del Atlántico “anglo(-parlante).” Ambos textos se centran en la vigencia siempre incómoda de una historicidad colonial, con o sin los prefijos “negativos” que parecen apuntar los dedos acusadores hacia una supuesta superación o a un vaciamiento deseable (“post-,” “de-,” “anti-” se deja ver menos pero se supone). Lo “colonial” en relación al postcolonialismo y la descolonización; algo así como el desamor con respecto al amor, hay que hacer travesía por el sustantivo, dentro de la gama amplia de significados registrados por los diccionarios solventes. La cosa es, ¿cómo sobrellevar públicamente esta incomodidad? ¿Cómo entenderla? ¿Cómo evaluarla? ¿Cómo se la quita uno de encima? ¿Cómo se desquita uno? ¿Son taras y tareas propias o cuestiones de otros?

Es más convincente no tirar la pelota fuera de la cancha de manera defensiva. Asumamos las problemáticas como propias. Juego de contrastes: tenemos dos estilos o

---

<sup>1</sup> Título en inglés del libro de John Beverley: *The Failure of Latin America: Postcolonialism in Bad Times*.

<sup>2</sup> Título en inglés del libro de Mark Thurner: *The First Wave of Decolonization*.

vertientes: una llamémosla “culturalista,” Beverley, y la otra, digamos, de historiadores decimonónicos del área andeanista, juntas, pero no revueltas, bajo el parasol latinoamericanista que no soltarán ni en el peor de los casos “ánglicos” que dirían algunos autores antiguos ni muchos otros. “Colonia” es harina y la encontramos en estos dos costales, no vayamos a confundirnos. Ambos términos (postcolonialismo y descolonización) apuntan a direcciones distintas, como se verá seguidamente. Ambos libros salen en sendas colecciones dirigidas por ellos mismos, *Illuminations: Cultural Formations in the Americas* [Iluminaciones: formaciones culturales en las Américas] en Pittsburgh Press, con una carátula llamativa de Alex Wolfe del monumento fúnebre bolivariano con tintes rosados, que vienen a cuento. Y el segundo, en Routledge con sede en Milton Park, Abindon, Oxfordshire en la colección titulada “Routledge Studies in Global Latin America” [estudios Routledge de la América Latina Global, el español hace rechinar el inglés y esto es siempre pertinente]. Este segundo volumen es carísimo (150 libras esterlinas en pasta dura). Tiene menos gracia; es más frío, aséptico e impersonal, más descontextualizado y todo esto también viene a cuento (la imagen en portada son unas intersecciones de líneas y puntos oscuros y amarillos con un fondo azul celeste o acuático). Nos atrae más la intelectualidad de protesta “negativa” de Beverley, aun con sus fallas, que un historicismo decimonónico de devoción disciplinar metido en las botas de las siete leguas de rescate liberal con el adorno de plumas de “global.” Beverley manifiesta un desasosiego con los EE. UU. trumpianos mientras imputa “fracaso” a la totalidad de América Latina: gesto desafortado, excesivo, que podemos tildar de teatral. ¿Exterioriza lo propio? ¿Qué sería el acierto, la utopía o el éxito? En el limbo de ningún sitio explícito, lo que *Primera Ola* quiere hacer es, creo yo, limpiar, fijar y dar esplendor a la supuesta bonanza proto-nacional de despotismo ilustrado emancipador cuyo recuerdo existe hoy en día, si bien debilitado. ¿Catastrofismo de decepción de cierta izquierda del primero y “neoliberalismo” reivindicativo de una primicia libertaria de liberalismo original o decimonónico de los segundos? Beverley va por libre. Thurner se arropa con otros colegas historiadores que estudian el colonialismo del XVIII y XIX. No hay ayuntamientos. Los historiadores incluidos en ódisienten de sus primos “culturalistas” y rehúsan darle a la rueda de lo que llaman “la narrativa del fracaso” [“narrative of failure”]. Hallan brotes verdes por América Latina, sobre todo en el mundo andino de la Gran

Colombia del XIX (el XX ya es otra cosa). Interrumpen, dicen, la teleología, es decir, lo que vino después. Se desdican de los siglos precedentes y no se deben a un formato institucional nacional, o mejor nacionalista, del quehacer académico. Abogan “globalizar” la ideología política del liberalismo decimonónico cercana al mundo letrado criollo, más del lado de un Benedict Anderson que de un Ángel Rama, y por extensión lo hacen representativo, parte del todo latino en América, que es vehículo pionero de tendencias emancipadoras más abarcadoras. Lo hacen con un gesto feo implícito, claro, a la Europa más imperialista y occidentalista. Los Estados Unidos constan poco y, como espacio de primicia del mundo académico, salen todavía menos.

*Primera Ola* restaña lo liberal. Lo restaura. ¿Podemos calificar este empeño de “neo-liberal”? Al mismo tiempo, les imputan a los culturalistas el uso de la brocha gorda, más generalista o nomotética que detallista e ideográfica, lo cual es cierto. Estos, y metemos a Beverley, van por otro lado. Estos “humanistas” asumen, lo dicen abiertamente, una perspectiva histórica de simpatía con una generalidad minoritaria no-blanca y no se quedan, inquietos siempre, en un solo siglo. Díscolos con las disciplinas, pero ahí se quedan atados. Quieren desvincularse de unas prodigiosas continuidades coloniales de cinco siglos, de estatismos, de nacionalismos, de fidelidades a cierta etnia o raza privilegiada. Observan los amores disciplinares y las querencias institucionales con afloramiento de dudas. Podemos decir que “coquetean” con la filosofía de la historia – sobre todo la de origen europeo, montados en la cola viajera del pez post-estructuralista, de ahí el énfasis en la diferencia, la periferia, el espacio identitario minoritario, el pensamiento peor reconocido institucionalmente, el lado oscuro de la luna. Pero esto no elimina las dificultades. Las acrecienta: ¿cómo entender eso de poner fin a una situación “colonial” en las cosas del saber? El presunto fracaso o distopía, ¿es tuyo o mío? ¿Qué sería lo utópico contrario? ¿Qué hacemos con las dos caras de la misma moneda que está escondida en el bolsillo de quién? ¿Quién es el sujeto que se supone que sabe? ¿Saben más y mejor los que están arriba o los de abajo? ¿Son los olvidados o los subalternos los pioneros de lo que consideramos deseable? Cuestiones abiertas e importantes que persiguen como perros inquietantes y falderos a nuestros dos colegas. Conocemos bien ambos contextos profesionales, el británico, en el que me encuentro en

la actualidad, y el más influyente, el estadounidense del que partimos hace un tiempo. Veamos qué américas latinas emergen. ¿Serán augustas?

*Fracaso* es traca final del cohete. Volumen variopinto de escasas 150 páginas de temas dispares y desatados: teoría de la dependencia y la inviabilidad o aporía de la modernidad latinoamericana, concepción criollista de la nación entre la impostura y el interregno, con una brevísima incorporación del barroco colonial, la figura de Calibán y el repliegue cubano, el tema de la tortura en el contexto de los Estados Unidos imperiales vis-a-vis el correlato con la senda española en una atrevida analogía histórica, unas brevísimas páginas sobre *El Quijote* en donde se quiere atisbar un mundo utópico pastoral “comunista,” a manera de sublimación expresiva herbert-marcusiana (¿mal remedo del primer libro dispar de Beverley sobre las soledades barrocas de Góngora?). Esto es cajón de sastre. Hay desorden. Hay además un capítulo sobre el postcolonialismo orientalista en lenguaje estándar edward-saidiano en relación a la llamada “literatura tal cual,” diez páginas sobre literatura cartonera, galopante reconstrucción de vidas subalternas en el cine y literatura (Bolaño, Gaviria, Mereilles, Gavilán), y el artículo provocador, atizador de las ascuas, que da título a este volumen sumamente desigual.

A estas alturas de calendario, Beverley se puede permitir que lo despeinen todos los malos vientos que corren. Suyas son las correrías con una prosa rápida no siempre consistente con un adecuado aparato bibliográfico. Me deja al final una sensación de lectura no pausada y un tanto desordenada que ya no quiere ni sabe ni puede ordenarse. Lo que los historiadores sujetan con “hechos” textuales, Beverley lo suelta sin pensárselo dos veces y que “ahí me las den todas” El capítulo final es ciertamente el más llamativo y funciona como un atisbo para propios y extraños de futuro incompleto ciertamente no acogedor. Fue ponencia en un congreso en su honor en Pittsburgh (hay versión en español con irregularidades; Aparicio 2019). *Fracaso* consiste de nueve capítulos de escasas quince a veinte páginas cada uno. Lo que se trasmite aquí se hace de manera rápida y somera con supuestos que son ya muchos supuestos, como si Beverley tuviera prisas por llegar a algún sitio. Pero *Fracaso* es fin de trayecto. No es insulto: pensemos en Samuel Beckett. No hay que ir a ningún otro sitio. Nos parece estar diciendo nuestro

colega de la ciudad de George Romero, creador de las películas de zombis. Resumimos algunas ideas sobresalientes y explicitamos algunos supuestos. Nos encontramos en ambos casos con un lenguaje metafórico acuático (primeras olas descolonizadoras, reflujos de la marea rosada, tiempos desapacibles, reflexiones intempestivas, etc.). No hay calma.

Que la imputación de fracaso no asuste a nadie. No es un juicio ligero de un visitante extranjero que mira poco. Esta evaluación “catastrófica” acompaña un posicionamiento llamémoslo ideológico de desencanto de la “marea rosada” que no es ni puede ser lo mismo que otros que no encuentran nada de valor rescatable en la historia de América Latina desde unas posiciones de desarrollismo modernizador (véase mi artículo sobre Howard J. Wiarda en *Neplanta*, 2003). Fracaso, aquí, tiene que ver con la falta de consistencia o unidad civilizatoria (la “latina”) a diferencia de China y la India (17, 123). Curioso arrimo samuel-huntingtoniano. Y no veo eso de “occidental” explicitado por ningún lado en Beverley. No se habla de fracaso de Europa o de los EE. UU. (¿y quién es el valiente que se atreve a decir algo de esto dentro de las mismas instituciones estadounidenses en el país que habla de sí mismo como culmen de la historia de la humanidad con una facilidad descomunal?). Fracaso tiene que ver también con la renuente posibilidad de convertirse en una alternativa creíble a un modelo único capitalista en estas horas convulsas de una actualidad inquietante. ¿Sería técnica civilización? Fracaso, por lo tanto, compartido o no, lo lleva Beverley a “lo latino americano” y a otros sitios, no. Aquí, Beverley calla mucho.

De nuevo, esto rotundo de fracaso hay que entenderlo en el sentido de que América Latina no figura como alternativa continental consistente a la civilización capitalista de cierta hegemonía estadounidense y así permanece en un estado de postración o de desdibujamiento occidental/ista, digamos que híbrido o mestizo en sus periferias y arrabales. No hay seducción transcultural ni de mestizaje en *Fracaso*. Lo “latino,” digámoslo así, no se constituye como fuerza constituyente o incluso magnética atrayente. Sí hay brocha gorda, como un mundo de pasado y de futuro deseable, alternativo, diferencial, polivalente, asequible (59). América Latina es utopía magullada, amortiguada, tenue, figura pálida, película delgada de otra cosa que no se constituye,

porque no puede o no sabe o no quiere, como alternativa a la cosa horrorosa del aquí y del ahora (“los malos tiempos” del subtítulo, ¿acaso fueron buenos alguna vez?). ¿Qué pasó con las tendencias postcolonialistas de los 80s? Están como la pólvora mojada. O como los caballos viejos, retirados. Podemos decir que “lo latino” se queda desarmado en la serie americana de lo meramente diferencial y/o cultural/ista (¿entendemos lo cultural como modalidad y lo civilizatorio como campo o fuerza mayor?). Beverley no suelta eso de “latino” en su sentido genérico americano y no pasa a otra cosa deseable que no sea un supuesto de identidad minoritaria, a manera de metonimia, la parte enjundiosa de un todo poco sugerente o seductor, que no suelta aun, cuando lo aderece de fracaso. Hay algo en nuestro latinoamericanista de la ciudad de Pittsburgh que me recuerda al *austríaco* Thomas Bernhard y su novela *El malogrado* sobre el enorme pianista Glenn Gould: se afirma la negatividad de un logro utópico. Beverley gusta de este tipo de gestos esteticistas que rehúyan todos los compromisos formales u oficialistas. El suyo es gesto de la generación de la era acuario, quedarse cariacontecido y díscolo de la generación de los 60 con sus progenitores conservadores (la cosa se complica si pensamos las generaciones venideras). Se queda así al final, alicaído, en el columpio de eso de “latino,” malogrado y desgastado casi como el personaje principal de la gran película *Ikiru* de Akira Kurosawa. Nos respondería que afirma la positividad de dichos términos negativos (el logro es utopía; el gasto es exageración o demasía lanzada a un futuro que puede no ser el nuestro, esta dicha puede ser nuestra desdicha). Por ahí va *Fracaso*. No hay que apresarlo con positivismos hermenéuticos de uso común en territorios “anglos.” La estética de unas humanidades extranjeras –tal vez extranjerizantes, las latinas—parece aquí cumplir una función compensatoria de carencias reales con o sin reconocimiento profesional estadounidense con todas sus limitaciones.

Se aferra Beverley a pesar de todo a la disciplina del latinoamericanismo (xviii) con o sin los debilitamientos postcoloniales. Se aúna nuestro latinoamericanista a dos nombres sorprendentes: Samuel Huntington y Jorge Volpi. Ninguno ve el desmarque sobresaliente de la “civilización latinoamericana” que vaya por la senda al menos de inspiración

socialista. Beverley, a las alturas de publicación del libro (2019), tampoco. Y si tiramos para adelante, pues tal vez menos, desde luego por los lares británicos, o tal vez nos equivoquemos (al final incluyo una imagen beverleyana de comunidad ideal). Hay secuelas, ¿cómo no?, en el mundo universitario anglo- e hispanoparlante. Momento de marea baja: la boya del postcolonialismo medio que reflota y parece que se aleja de la arena de la playa. ¿Último cartucho en la guantera post-humanística y postestructuralista? ¿Cambio tremendamente significativo de prefijo (el “des-“ por el “post-“)? El referente otrora inspirador de la nación como camino de liberación, ahora se asemeja un globo poco volador, desinflado, escasamente inspirador, a pesar de las imágenes televisivas subidas de tono abrupto y brusco de aquí y de allí. La literatura “como tal,” o mejor, las humanidades literarias, ciertamente alicaídas. Estas han sido en el mejor de los casos nos dice Beverley a la manera ángel-ramiana un cómplice histórico de modelos sociales coercitivos, que incluso peca de “orientalismo” de la senda edward-saidiana en las esferas ahora raras y minoritarias de consumo privilegiado que las masas populares no quieren para sí. ¿Qué tal andan los talibanes levantiscos? Despeluchados, engrillados, desnutridos. ¿Quién se gana bien la vida enseñando lengua y literatura extranjeras en contextos angloparlantes? Repliegue de la letra arrinconada por cuatro malos tweets; el cielo, plomizo, los presentes, “malos,” con o sin citas preciosistas de Holderlin apelando a la salvación. Mis estudiantes británicos no saben ubicar un Occidente que ahora necesita de Rusia y China para rebotar. Alegoría: América Latina es mujer invisible en unos pocos cursos de una titulación universitaria desdibujada. Las prioridades van por otro lado (Asia). Los estadounidenses miran a todos sitios, excepto su Sur. ¿Dónde nos metemos? Soltamos a Beverley de momento. Pasemos a un puñado de historiadores decimonónicos vinculados a los Andes.

Esta colección en Routledge que dirige Thurner dice querer “globalizar” América Latina. No creo que consiga trascender los formatos llamados de los “estudios de área” que ahora se están reconfigurando (nomenclatura estadounidense de la guerra fría que tiene que ver con las zonas del mundo no hegemónicas o no prioritarias de cobertura desigual en espacios académicos, de consumo de masas audiovisuales, etc. como América Latina, África, Asia, Oriente Próximo, etc.). Registro mi escepticismo con la terminología de “global” en estos momentos de achicamiento universitario (el adjetivo sigue al



sustantivo “globalización” que tuvo su momento álgido en los 1990). Recordemos que América Latina no se incluye en Occidente en una lengua inglesa convencional tanto estadounidense como británica (Occidente se vincula a la OTAN / NATO y a la Unión Europea, de manera geopolítica y no necesariamente civilizatoria de historicidad amplia, vinculado al adjetivo “liberal,” es decir, de acuerdo con los intereses estadounidenses y británicos, con o sin tiranteces). Loable intento: *Primera Ola* propone que lo “latino” y/o lo “ibérico” en el contexto (latino-)americano han sido unas dimensiones pioneras injustamente olvidadas por una historia más abarcadora o “global.” Dejo caer la relación inversamente proporcional: cuanto más se mencione eso de “global,” menor será el espacio institucional disponible dentro de un angostamiento oficial de unas extranjerías históricas.

Según Thurner, la piedra habitualmente despreciada (la “latina”) es piedra de toque y también, tal vez, piedra de quicio: los olvidados resulta que son pioneros de dimensiones políticas todavía deseables, al menos en los linderos de este equipo de historiadores mayormente del siglo XVIII y del XIX. Veremos seguidamente quiénes son aquellos y cuáles son éstas. *Primera Ola*, primer volumen de la serie “América Latina Global,” se monta alrededor de su coordinador, Thurner, peruanista de origen estadounidense salido de Wisconsin y con estadía en Florida, recientemente afincado en la Universidad de Londres y ya desaparecido de ella por la mencionada eliminación del Centro de Estudios Latinoamericanos. La tesis general: los criollos peruanos y colombianos de la segunda década del siglo XIX ya apuntan, enuncian y en cierta manera denuncian brotes o prontos descolonizadores. Esta es la primera ola de modernización política, social, cultural, etc. a la que seguirán otras. El meollo de la cuestión está entonces situado en la evidencia de la prosa en español entrecruzada entre criollos republicanos como Bernardo Monteagudo y José Faustino Sánchez Carrión cuando debaten varios temas en publicaciones del estilo de *El Correo Mercantil, Político y Literario, La Abeja Republicana*, entre otras. Atisbo. Brote. Albor. No sabemos cuántas olas siguen a esta primera ola, si ahora estamos de flujo o reflujo, el lenguaje de las ciencias naturales no se explicita histórica o socialmente. No sabemos si el punto de origen lo constituye el siglo de las luces, la ilustración, o el iluminismo como lo llaman algunos, o los procesos de formación nacional en el llamado “Tercer Mundo” (hoy “Sur Global”) después de la segunda guerra

mundial, la llamada Conferencia de Bandung, Indonesia en 1955, o los mismos años 60 de la revuelta estudiantil contra el Vietnam, la cultura popular del rock 'n' roll, etc. Thurner no nos lo dice.

Al desdecirse nuestro coordinador de toda pretensión de origen y de teleología, religión y teología no constan, los lectores avezados se quedan un tanto desubicados, con “poca chicha” que diría mi abuela de la carne comestible del cerdo en la rebanada de pan, y con poca bebida refrescante de maíz en el vaso festivo de la zona andina. Los Andes inspiran, pero no son un centro epistémico en *Primera Ola*. Thurner no lo explicita del todo, pero soterradas están las “olas democráticas” de Samuel Huntington y la comunidad nacional imaginada de Benedict Anderson que un peruanista lo fechará 1821. El centro es ineludiblemente “anglo” y el impulso general de *Primera Ola* es el de una incorporación de unos actores sociales y de unas zonas olvidadas con pretensión de vanguardismo de una modernidad que se quiere vigente, al menos por parte del coordinador. Sin saber si vienen más olas, y cuan grandes son, ni de dónde, la invitación es a tumbarse en el lecho de Procusto y quedarse con las extremidades colgando, fuera de orígenes anteriores o destinos posteriores, sin salvaciones ni escatologías. ¿Qué hacemos, por lo tanto, con este historicismo? El supuesto de este quehacer, seamos generosos con Thurner et al., es a volver a mirar la etapa “primera” de un nacionalismo extra-europeo latinoamericano contestatario, hasta cierto punto, o en cierto sentido, de qué sino de los “malos de la película,” digámoslo en un sentido general, la Europa imperial y colonizadora (los EE. UU. siempre escondidos). *Primera Ola* nos invita a poner las luces cortas del coche en marcha y a mirar, sobre todo, o sólo, lo sobresaliente deseable de lo liberal criollo en la supuesta primera ola tildada de “descolonizadora,” respondiendo a una fuerza gravitacional no explicitada o marcos todo-abarcadores. Suponemos que los buenos deseos ilustrados permanecen, aun incumplidos para la inmensa mayoría de la población en las fechas en que se escribe este puñado de páginas no muy lejos de la “sede” londinense de este proyecto de Routledge en la isla británica barataria, digámoslo con cierta gracia. Estos historiadores dispares hablan de los cambios en “la nueva historia” de dos décadas para acá o cosa así (es truco académico tildar de buena novedad lo que uno mismo y su grupo hacen sin dar gran trasunto a lo que hagan otros). Debemos añadir que éstos constan poco: los movimientos indigenistas

en América Latina, “multiculturalistas” y de “minorías” en los EE. UU., ¿y algo más? No lo dicen tal cual, pero su punto convergente parece ser el desacuerdo con ciertos estudios “descoloniales” centrados en la persona de Walter Mignolo. Thurner no explicita para sí una genealogía latinoamericanista inspiradora. Creo que se queda con algunos colegas, no muchos, de la disciplina de historia de América Latina del XVIII y XIX entre las lenguas inglesa y española con escasa o nula presencia de una historiografía latinoamericana nativa ubicada en los Andes que tenga una irradiación amplia o incluso, ¿por qué no?, global. EE. UU. parece quedar muy lejos, pero no es cierto. No hay en *Primera Ola* una generosidad de referencias a una presencia peruana o andina rotunda de historiadores “descolonizadores” con una cierta excepción colombiana. México brilla por su ausencia historiográfica y tampoco hay mucha o poca cosa del contexto inmediato inglés centrado en Londres, o del viejo continente, con la excepción italiana de Federica Morelli.

¿Y el Norte? Los Estados Unidos constituyen una tramoya histórica, especie de cortapisa posterior más dura y correosa en comparación a mestizajes latinos más “liberales” y maleables, si bien se constituyen (los EE. UU.), ¿cómo no?, como plataforma legitimadora de historiografía ineludible: Todd Shepard hace las veces de presentador de la tesis thurniana. Dirán que hacen lo que pueden y que consiguen las colaboraciones de aquellos que se prestaron de buena gana. Lo de “ola” evoca época, etapa o incluso fase: ¿de qué? De cierta historia de progreso subyacente y deseable por emancipador y libertador de algunos sectores sociales, los criollos, dentro de la historia del capitalismo. *Primera Ola* es protesta fehaciente de estos criollos y por ende de estos historiadores de cierto legado ilustrado europeo ciego con una exterioridad latinoamericana, que se reivindica como “primera” vanguardia. Lo de ola se relaciona, claro, pero Thurner no lo hace abiertamente, con la ideología de la modernización o el desarrollismo también de cobertura explicativa para las zonas periféricas. He mencionado a Huntington en las ciencias políticas. Se puede incluir el caso “contestatario” del chileno Pedro Morandé en la disciplina de sociología que ya en los 80 se aferra a la “cultura”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> De Norte a Sur, dos libros bien diferentes en relación a las olas de este desarrollismo o modernización. Del politólogo estadounidense Samuel Huntington, el libro de gran calado, *Political Order in Changing*

Los historiadores de las ideas políticas del XVIII y XIX mayormente andino incluidos en *Primera Ola* barren para casa: se encuentran lo deseable en el patio profesional cerca de los momentos fundacionales de las naciones latinoamericanas hoy existentes. El supuesto: la nación es el vehículo “ideal” que corre rápido de la mano grácil de la modernización política. Es decir, liberalismo. Digámoslo así: al hacer la nación, esta labor nos moderniza, y esto resulta que es bueno y deseable hasta el día de hoy, es obvio, y esto empuja otras dimensiones, la social y económica, la cultural. Esta creencia arma *Primera Ola*. No hay estética. No hay religión *per se* en este corrillo de historiadores, siempre parcos y escuetos para este tipo de cosas humanísticas. No hay tampoco culturalismo promiscuo, supuestamente totalizante ni empeño interdisciplinar en *Primera Ola*. Esta onda permanece, diríamos ralentizada, pulcra, “incontaminada,” con escaso o nulo transacción comercial con las “humanidades literarias,” llamémoslas así para entendernos, vagamente culturales, sin cultismos ni culteranismos. Estos historiadores no se apartan de las veredas delimitadas de su profesión histórica dentro de marcos explicativos irónicamente provenientes de la misma nación hegemónica de la que procede el impulso descolonial singularizado en una figura “maleada,” Mignolo. Insistamos: ponerse primeros a sí mismos, llamarse pioneros, acaparar la *pole position* en las carreras de fórmula uno, el puesto de cabecera, el número uno, el laureado en el podio ¿quién quiere ser segundo o tercero en la matriz de la “modernización” política?, esto es lo que *Primera Ola* nos dice.

Nuestros historiadores nos proporcionan alguna cobertura. Modernización quiere decir independencia según la definición oficial del estado-nación empujando las excelencias de un desarrollo capitalista, que se instaura en el inglés estadounidense de las ciencias sociales durante la Guerra Fría, en los 50-60, e irradia otras lenguas hasta la fecha de hoy (“moderno” existe en la lengua española desde el XVI, en pelea contra los “antiguos,” pero ésta es diacronía gruesa de nulo recorrido en esta Primera Ola). El supuesto de “modernidad” lo asumen todos los acompañantes de viaje de Thurner, que son siete, con

---

*Societies* [Orden político en sociedades cambiantes] (1968); y del sociólogo católico chileno Pedro Morande, su *Cultura y Modernización en América Latina* (1984). Veremos la divergencia beverleyana con esta modalidad culturalista proveniente de la sociología en América Latina. Véase mi artículo en relación con el último libro del primero (2006).

toda naturalidad. Esta modernidad descoloniza, nos vienen a decir nuestros historiadores a diferencia de los culturalistas que equiparan modernidad con colonialidad, modernización con colonización de un impacto directo al menos para los sectores, digamos “no blancos.” Uso brocha gorda. La divergencia es clara con los “culturalistas,” y Beverley con ellos (coincidencia: siete son también los temas del fracaso latino generalizado como veremos seguidamente). Los culturalistas post-estructuralistas se desdicen de esta cadena de bonanzas. Las protestan con o sin sus momentos incongruentes. Nada de estos procesos mayores es deseable. Se buscan salidas. No se casan con esta u otra nación (¿no es lo latino per se trans- o internacional?, ¿no es la virtud de las naciones más pequeñas ser pequeñas?). No se quedan prendados de esta u otra disciplina, aunque vienen, o venimos, de la malhadada “literatura,” y una cierta actitud mercenaria la engorda la endeblez institucional. No se arrebolan ciertamente con el criollismo del XIX que es piedra de toque y quicio fundamental de estos historiadores de Primera Onda. Estos últimos quedan más sujetos y comedidos en su siglo favorito, más disciplinados, más “conservadores” en su abogacía del liberalismo. Modernización es, ¿qué otra cosa sino?, afirmación de desarrollo capitalista que se normaliza en “mercado” y que (se) expande o globaliza ahora mismo con fuertes desórdenes y muchos malos modos.

Este es ciertamente el marco global en donde Thurner y Beverley, y todos nosotros, montamos la tramoya de visión histórica; el primero si se quiere de una manera “neutral” con pintas asépticas, a la manera de un diagnóstico médico prometedor de mejoría de salud del cuerpo social, a través del quehacer criollo, a juego con los tonos azules de la portada del libro; y el segundo, con una mueca o mohín de disgusto “rebelde,” con complejo edípico, como él mismo adjudica a Jorge Volpi, y no es afrenta, quien también generaliza el vaticinio “escandaloso” de fracaso totalizante a toda América Latina, área, no nos engañemos de escasa visibilidad y buena prensa en el mundo angloparlante a ambas orillas del Atlántico, dentro y fuera del mundo académico. Hay en Beverley un escaso entusiasmo por esta “globalización” de los estudios de área del llamado Tercer Mundo en el que se mete, inconsciente o no, a América Latina. (“Sur Global” no lo mejora y tengo entendido que Pittsburgh también se ha apuntado a la moda de los estudios “globales” en donde mete los latinoamericanos). ¿Estamos hablando de las partes de un

todo, “mundo,” al margen de la razón de estado de esta u otra nación hegemónica, que se quieren más visibles, significativas y dinámicas? Imagino que habrá otros muchos fracasos, pero Beverley no reparte este pastel equitativamente: se lo da todo todito a la totalidad latina de América de bordes inciertos porque me imagino que los Estados Unidos ya participan de esta latinidad. Pero nuestro colega estadounidense afincado en Pittsburgh no se tira con ganas a estos remolinos. Si el desacuerdo con el pensamiento “descolonial” mignolesco da coherencia a Primera Ola, el espectro discursivo de Beverley es más mezclado, amplio y descentrado, y también marca algunas diferencias con Mignolo desde distancias más cortas. Hay un distanciamiento con Alberto Moreiras, figura latinoamericanista también vinculada al contexto de Duke del que partió hace tiempo para tierras tejanas.

*Primera Ola* son siete capítulos contruidos sobre el segundo de Thurner, que es quien prepara el volumen en la serie de Routledge dirigida por él mismo con un equipo asentado en Inglaterra con la excepción del meritorio historiador Cañizares-Esguerra ubicado en Texas. El sector “colombiano” del volumen es el más fuerte (Francisco Ortega, Lina del Castillo, Marixa Lasso) y éste es quien reclama nuestra atención en estas páginas. Hay también cierto recuento del impacto de la esclavitud en el Brasil post-independencia (Barbara Weistein), la respuesta italiana a la emergencia de las naciones latinoamericanas (Morelli) y la sugerencia de que Europa llega tarde –y mal-- a la descolonización propia y ajena (James Sanders desde Utah). Todd Shepard (Johns Hopkins U) con trabajo en la Algeria francesa remacha la labor de Thurner en unas brevísimas páginas iniciales. Echo de menos la historiografía mexicana.

Thurner nos centra la cuestión entre dos criollos: Monteagudo y Sánchez Carrión. La frase señalada es la incluida en la carta enviada al *Correo mercantil, político y literario* sobre el gobierno monárquico del Perú (1 de marzo de 1822), firmada por Sánchez Carrión con el seudónimo del Solitario de Sayán:

“Lo que [se] quiso, y lo que [se] quiere [al declararse independiente el Perú] es: que esa pequeña población se centuplique; que esas costumbres se descolonicen; que esa ilustración toque su máximum; y que al concurso simultáneo de estas medras, no sólo vea nuestra tierra empedradas sus calles con oro y plata, sino que de cementerio, se convierta en patria de vivientes”.

El énfasis en ese “que esas costumbres se descolonicen”, significado que no es obvio en absoluto en el contexto de la extensa carta. La carta incluye contrastes irónicos entre las costumbres y la civilización, los autoelogios de los americanos peruanos ante las minusvalías civilizatorias europeas, los argumentos pro y contra el régimen monárquico, la invocación del cristianismo con su inevitable censura inquisitorial, para el Perú emancipado:

“¡Las costumbres! ¿Y la civilización? ¡Qué desgraciados somos los peruanos! Después de pocos, malos y tontos. Sólo los pueblos muy virtuosos y muy sabios no son dignos de regirse por monarcas. Con todo, nosotros no cebamos nuestras piscinas con las carnes de nuestros esclavos, para que sean más sabrosas, y tal cual conocemos el sistema representativo. La religión santa que profesamos, y las luces que difunde el siglo pueden morigerarnos y civilizarnos con más ventajas que a los romanos sus arúspices, y sus senado-consultos. Además, es cosa averiguada, que nadie se engana en negocio propio: todos más o menos poseemos el caudal necesario, y los conocimientos precisos para el séquito de este juicio, que es de toda la familia peruana. Con que, el estar, como neciamente se presume, los peruanos en la primera grada de la escala de la civilización, no es motivo para ahogarnos con la real coyunda. ¡Por cierto, que ella nos adelantará mucho...! Compruébalo palmariamente la Santa Inquisición en las monarquías absolutas; y la prohibición de escritos, que analizan los derechos del hombre, en las moderadas o representativas. El verdinegro estandarte en aquellas, y las llamas junto con la mano del verdugo en éstas, son los vehículos de la ilustración civil” (p. 21)<sup>4</sup>.

El lector cuidadoso tendrá que releer este español barroco y verá cierta autoburla irónica con el dardo apuntando a los sectores monárquicos en la circunstancia inmediata peruana dentro del marco civilizatorio occidental. Se desea soltar la “coyunda” o la correa de sujeción monárquica: afirmación republicana liberal de primera hornada. Hay autoafirmación de la “familia peruana” en ambos niveles, de las costumbres, en plural, o la civilización, siempre en singular, con o sin los repudios aparentes de los disciplinamientos inquisitoriales. Thurner no lee enteramente la carta de uno de los criollos liberales, padres fundadores del Perú. No la pone en contexto. No la adorna con su contexto historiográfico “peruanista” oriundo del Perú (pensemos este silenciamiento con cuidado, seamos o no enormes nacionalistas). La última frase de Thurner agradece a ambos por partes iguales a Sánchez Carrión y a Monteagudo ser pioneros de la descolonización (*trail blazing* en el inglés original) en al albor nacional del Perú. El

---

<sup>4</sup> He consultado el texto incluido en la siguiente dirección oficial virtual: <http://www4.congreso.gob.pe/congresista/2006/lalva/publicacion/EndefensadelapatriaJFSC.pdf> (págs. 15-22). Hay nota en la primera página que lo ubica en *La Abeja Republicana*, con fecha del 15 de Agosto de 1822 (fecha de mi consulta, el 10 Sept. 2019).

análisis no va más allá del XIX. No se trata ahora de entrar en detalladas lecturas de la ideología del criollismo liberal decimonónico que debate las prendas predilectas entre Rousseau y Montesquieu para emprender la tarea de emancipación de una Europa dominante o imperial<sup>5</sup>. “[Lo que quiere el acto material de no pertenecer ya a la que fue su metrópoli es] que se descolonicen las costumbres:” Thurner llama a este último verbo reflexivo (27). Creo más bien que es impersonal y genérico. Las relaciones sociales no constituyen actos reflexivos y el sujeto personal está innombrado. Y ahí radica una dimensión importante: la marca de sujeto de conocimiento y la de sujeto político y deseante implicado en ese “acto material.” La frase compleja deja bien a las claras la estructura desiderativa. Lo que no está claro es el objeto de deseo de dicho verbo deseado y deseable para todos los historiadores incluidos en *Primera Ola*.

¿Cómo se hace esto nada obvio de “descolonizarse”? Lo hacemos a nivel de “usos y costumbres,” digamos que, a nivel cultural, y mantenemos intactos los marcos civilizatorios más amplios, ¿y cuáles son éstos sino los occidentales? ¿Nos atrevemos con la propuesta de la diferencia civilizatoria latinoamericana? Thurner ve aquí “serios proyectos de descolonización en la región en la primera época republicana e incluso la misma posibilidad de imaginarla” (p. 43) que otros no ven. No hay reconstrucción de otras cartas ni reconstrucción a estos u otros conservatorios criollos con su público escritor, lector y discutidor. Las pinceladas son rápidas, apresuradas. No hay bibliografía que nos ayude a rastrear estas prácticas sociales. El factor étnico o racial está ciertamente mitigado esta lectura thurneriana. Lo criollo se muestra vehículo salvífico en el contexto nacional incipiente, lo negro tiene cierta presencia en su versión mestiza, lo indígena está ciertamente arrinconado en este capítulo dos y en *Primera Ola* en líneas generales. Se habla del intelectual extranjero “mulato” Monteagudo, “peruano” en sentido continental y

---

<sup>5</sup> Acompáñense con las hermosas páginas sobre el Barroco de Indias de Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia* ([1944] 1965): pp. 121-146. Véanse los juicios de valor del criollismo y el legado de la Ilustración en Morandé en un marco amplio del XVI hasta la segunda mitad del siglo XX. Se reivindica la religiosidad popular al lado del barroco, como modalidades sociales contestatarias del “neoiluminismo,” dentro y fuera del suelo latinoamericano, propulsor de un universalismo desarrollista homologador de realidades dispares; es decir, la defensa cultural es de la “diferencia católica” vista como quintaesencia o especificidad latinoamericana, *ibidem*, pp. 128-143, 159-162. Cultura es este posicionamiento asumido como propio contra la imposición de “exterioridades” modernas. La disciplina de sociología de supuestos modernizantes y desarrollistas ya se asume que ha entrado en crisis por los años 80.



andino de la época republicana, nacido al parecer en el Tucumán hoy argentino (Turner pone y quita los anteriores entrecomillados, 35, 38, notas 48-9, en pág. 46). Lo que Turner quiere, creo yo, es retornar a los méritos criollos, más que a los desméritos, subrayarlos, enredarlos con la madeja ilustrada de la emancipación “global,” y ralentizar un repudio estándar de lectura impaciente o rápida (metemos en este saco a Beverley y a Mignolo, si se dejan). Quiere Turner, y no está él sólo, acercar su sardina de historiador del XIX andino a las ascuas del debate académico “global,” se dé donde se dé, lo cual es loable. Y también quiere rescatar una bonanza política globalizante, lo que ya es, digámoslo sin tapujos, menos creíble y más preocupante en contra de propuestas post- o des-coloniales de otros en las humanidades, las “inter-disciplinas,” y las historiografías de las Indias occidentales y del continente asiático en demérito de una historiografía de procedencia latinoamericana que también quiere subirse, ¿cómo no?, a participar de estas conversaciones dispares en lugares inciertos. Turner prima este criollismo de extracción europea emancipador de nación latinoamericana, declarado pionero de una desdibujada generalidad descolonizadora. *Primera Ola* juega a esta rayuela. Aquí tira el tejo, y le da un puntapié y va a la pata coja a esta casilla que llama primera en donde encuentra a los fantasmas de Sánchez Carrión y Monteagudo. Pero no hay ni atisbo de reconstrucción de dinámica social, ni siquiera de algún botón de muestra de estos círculos criollos de debates y mucho menos desplazamiento a las casillas siguientes, ni siquiera a nivel historiográfico en el amplio sentido de la palabra de eso que pueda llamarse descolonización de la razón de la historia. Si pluralizamos estos sustantivos antecedentes estamos ya caminando por la vereda mignolesca.

Hay implícitas otras empresas letradas emancipatorias, olas segundonas, terceronas, remolonas, perdidizas, etc. Pero no hay en *Primera Ola* un hermoso panorama de conjunto de mar océano. No hay costa. Carecemos de paisaje alentador, de conjunto social, de sociedad de conjunto. Ninguna institución acude al socorro de la imaginación política. Echamos en falta un horizonte del mundo “global” al que desear arribar políticamente hablando. Las ruedas de la tramoya histórica no pueden ser otra que los ideales de la ilustración, sinónimo de conocimiento, modernidad y desarrollo. Tabú post-estructuralista. ¿Damos por supuesto el recorrido habermasiano de proyecto incumplido entre estos historiadores? *Primera Ola* no se mete en estas filosofías. Lo que hace es

más sencillo, y más pobre: da la vuelta a la tortilla (de maíz o española, o ambas, a gusto del lector) para beneficio de los prejuicios de los más despistados: ahora resulta, sorpresa, que lo que se llamaba peyorativamente mundo subdesarrollado, vinculado a la denostada condición colonial, se pone a la cabeza del pelotón “global.” Thurner es “agente descubridor,” nombrado por sí mismo, de esta gesta pionera sita en el sector social criollo en la nación alboreal del (Gran) Perú a quien saca del cajón de todos los olvidos angloparlantes. El legado historiográfico francés de mitad del siglo XX en relación a Argelia pierde la cualidad pionera ante los criollos peruanos. Mucho, ¿demasiado?, se centra en el ejemplo negativo de Mignolo en las últimas dos décadas<sup>6</sup>. ¿No hay otros legados rescatables con estos ascensos y descensos de las aguas del mar de aquí y de allí?

Traigamos otras voces. Francisco Ortega propone lo que él llama una historia conceptual de la palabra ‘colonia.’ Es un rastreo filológico con el dardo en la diana del XVIII tardío y principios del XIX cuando el término pasa de concepción ‘positiva’ de origen imperial romano a acercarse al ‘ominoso coloniaje’ de Sánchez Carrión citado por Thurner (18). De asentamiento celebrado “de los nuestros” dentro de una concepción cívica universalista romana en tierras distantes, a la paulatina adquisición de connotaciones negativas adscritas a una exterioridad de centro hegemónico que no “somos nosotros,” o la autoconciencia de una condición de sucursalía, espacio subordinado, grupo social secundón o relegado, minusvalorado, abyecto que es el significado dominante hoy en día, con presuntas implicaciones de protesta y reclamos de justicia<sup>7</sup>. En un viaje de dos siglos, pasamos de la miel de abeja de la colonia romana de los propios al picotazo del aguijón de la imposición de los otros con el consiguiente demérito e insulto de nuestra valía. Lo “colonial” es hoy mayoritariamente condición subalterna que uno se quiere quitar de encima. La cosa no fácil es cómo entender bien todo esto y cómo llevarlo a la práctica también en relación a cuestiones de conocimiento no sólo en las circunstancias inmediatas sino también en relación a las cuestiones de mundo ancho y ajeno y

---

<sup>6</sup> Véase mi extensa entrevista con éste en *Ciberletras* (2002).

<sup>7</sup> El nacionalismo inglés agresivo brexitiano no duda en hablar en público con desparpajo de la situación de colonia del Reino Unido frente a la comunidad económica europea. Véase el fino análisis de estos y otros delirios del comentarista político de origen irlandés, Fintan O’Toole, *Heroic Failure* (2018).

concepción de universo (de nuevo, pluralizarlo, “pluriverso” es “truco” común entre ciertas sensibilidades autodenominadas ahora “descoloniales”). El liberalismo pulcro que habla de reinos y provincias americanos no lava la afrenta implícita (colonial) del todo. No hay que caer en un literalismo de letra constitucional jurídica con su defensa teórica de idealismo igualitario. Tenemos que tener en cuenta el beneficio o perjuicio a la corta y a la larga y la perspectiva social amplia de quién se beneficia y quién no (¿se consideran iguales los colonos romanos a los bárbaros circundantes, los criollos decimonónicos en líneas generales a los negros e indios, los letrados a los analfabetos, los subalternos con respecto a qué otro agente social dentro de qué matriz cultural elemental y a qué nivel de las costumbres o piso superior civilizador?)<sup>8</sup>.

Es cierto que este vocabulario “colonial” con los prefijos “post-“ o “des-,” mantiene hoy por hoy una carga válida protestante y acusadora, se estudie mucho su literatura histórica o nada de nada en los adelgazados cursos universitarios convencionales. “Colonial” suena mal: no se quiere ser (o seguir siendo) eso. Lo que no está claro es qué puede ser el “éxito” de todo lo contrario. Beverley todavía no lo ha encontrado en las postrimerías de una trayectoria universitaria de difícil igualación para las generaciones venideras. Y no creo que Mignolo tampoco descorche la botella de champán. En cierto sentido, nos las habemos con un futurible utópico de descarga de un significado indeseable. ¿Fue la América española colonia? Ortega da una de cal y una de arena: contesta con un bifronte “sí y no.” Con la negativa, se junta a la postura de Klor de Alva (ni fue América Latina colonia ni por consiguiente se han post- ni descolonizado), a la que Beverley no sin sorpresas se arrima también en relación a los EE. UU. y pone en escena la sorpresa de Cornejo Polar (148). Otros tiran para atrás y para adelante: sí lo ha sido, más allá de los tecnicismos jurídicos, en un sentido general de condición subordinada a Europa y lo siguen siendo, aun con su rebeldía ocasional, según las vistas mignolescas y de otros en relación a un radio mayor, llamémoslo del “Atlántico Norte,” dentro de una prodigiosa longevidad de cinco siglos que ningún post-estructuralismo de inspiración foucaultiana, reconocida o no, parece ahora poder acortar. Pero por lo menos

---

<sup>8</sup> Podemos establecer un paralelo con un catolicismo también romano, mayoritario frente al protestantismo “nacional/ista,” con la clara inversión angloparlante a ambas orillas en donde el mundo católico es minoría parlamentaria de extracción latina en los EE. UU. o mayoritariamente irlandesa en el Reino Unido.

lo intenta. El empeño es, por lo tanto, dejar de ser eso indeseable de colonial cuanto antes mejor (“des” sustituye ahora al “post”, que se ha quedado marchito, para empujar el desempeño desatado de las tramas nacionales o las disciplinas universitarias). El artículo de Ortega nos invita a reconsiderar las narrativas criollas de emergencia de la España ultramarina. Tenemos que colocar los signos no obvios de la nación, patria y república americana en los aledaños de la Constitución de las Cortes de Cádiz, la llamada “Mari Pepa”(1812) en una península ibérica bajo la ocupación francesa. La aseveración rotunda de Ortega: los republicanos hispanoamericanos “son los primeros anticolonialistas que se consideran como tales en la historia de la descolonización” (19). Reválida: el criollismo decimonónico hispanoamericano es primerizo y benemérito en comparación con el Norte (la llamada *American Revolution* del 1765-1783). Barbara Weinstein mete algo más a los EE. UU. Pero, ¿es la historia carrera? ¿Se trata de arrancar primero o de llegar bien a la meta? ¿Y cuál es ésta? ¿Y quién corre y de qué manera lo hace?

El capítulo de Lina del Castillo respecto al imaginario “descabellado,” llamado América o Colombia, es uno de los más sugerentes. Trescientos años después de su muerte, el fantasma de Cristóbal Colón se paseaba ampliamente de Norte a Sur y marcha atrás. América o Columbia o Colombia: con una conjunción que es, en este caso histórico, más cópula al estilo de la poesía vicente-alexandrina que disyunción convencional de español contemporáneo en los malos tiempos (post-) trumpianos o (post-) johnsonianos que corren. Este ensayo nos habla de conciertos y conjunciones, tiras y aflojas de las naciones novísimas. Así se menciona el “congreso de la liga délfica de naciones” de 1826 (p. 51) de empeño bolivariano apoyado en la visión de su precursor Francisco de Miranda<sup>9</sup>. Panamá será la nueva Atenas. Estamos entre titanes con imaginaciones mayúsculas. ¿Y cómo puede ser mezquino el empeño emancipador? La emancipación de Europa requiere de la reivindicación americana de su “descubridor” europeo por parte

---

<sup>9</sup> El cultismo griego en las tripas del inglés nos lleva a esta liga délfica de doce naciones vecinas en las cercanías de las Termópilas griegas convertido en centro religioso, véase la enciclopedia británica, <https://www.britannica.com/topic/amphictyony#ref19746>. Compruébese la vigencia de dicho legado de inspiración bolivariana con centro simbólico en Panamá en el reconocimiento de las Naciones Unidas, de los 150 años, <https://www.refworld.org/docid/3b00f1b45a.html> (accesos, 14 Sept. 2019).

de sectores criollos letrados (estamos siglos antes del cuestionamiento de la invasión de posiciones indigenistas a las que *Primera Ola* no mira en conjunto ni de soslayo). Del Castillo reconstruye usos de la nomenclatura de “Columbia” del 1783 en adelante con un deletreo inestable del lado inglés. El lector tiene que hacer un esfuerzo con la imaginación y hacer el estiramiento de Colón en Colombia o Columbia, o su continentalización, deseable para estos primeros emancipadores. Tenemos dos figuras mayúsculas, William Thornton (1795-1828), de origen en la Isla Tórtola en las Islas Vírgenes Británicas, arquitecto del Washington neoclásico, y Francisco de Miranda (1750-1816), prócer venezolano contemporáneo de Simón Bolívar (1783-1830). Y la sugerencia sumamente provocadora es que tenemos asociaciones masonas de grupos privilegiados en donde estas ideas americanas encuentran nido, plumón y calor, conversación y gestión, cigarro habano y brandi más allá de las miradas y orejas del pueblo más común. Thornton se inspira en la Roma imperial y en el Louvre parisino. Será el neoclasicismo, y no el Barroco, el que viaje oficialmente a los EE. UU. emancipados del Imperio Británico, también históricamente reacio con los esplendores de los otros, los católicos romanos de las lenguas romances latinas y esto llega hasta hoy día. Esa nueva comunidad escindida no puede haber tenido en verdad, y no es culpa, claridad de fronteras físicas o demarcaciones mentales: “Columbia” Norte y Sur con capital en Panamá en una gigantomaquia desorbitada que se quiere ya oponer al coloso europeo al que se quiere destotalizar del horizonte díscolo de futuro deseable. Esto no es flor de un día o de dos lustros, tres décadas o inciertos siglos. Todavía estamos en ello, dentro y fuera del “Atlántico Norte” ciertamente debilitado para las fechas presentes. Hay ya esfuerzos por crear una mastodóntica república colombina del 1819-21 con su constitución propia. Son los años de la Doctrina de James Monroe en los 1820s, perfectamente compatible con la esclavitud<sup>10</sup>, que delimitan la intervención europea y el panamericanismo posterior que cuenta con una figura sobresaliente, el longevo chileno Alejandro Álvarez (1868-1960). El anhelo continental americano bolivariano del que se ríe Volpi y que Beverley, montado

---

<sup>10</sup> Véase el documento reciente a propósito del susodicho presidente esclavista de Audra D.S. Burch, “James Monroe enslaved hundreds. Their descendants still live next door,” *The New York Times* (7 Julio 2019), con fotografía incluida de Miranda Barnes <https://www.nytimes.com/2019/07/07/us/politics/monroe-slavery-highland.html> (acceso 14 Sept. 2019). No se trata de afear las ideas de las figuras del pasado no tan remoto sino de historizarlas con todas sus luces y sombras, contradicciones y tensiones.

a caballito de éste digamos, imagina de una manera desordenada y arrabalera en las ruinas occidentales al final de su *Fracaso* tiene aquí un precedente “ideal.” Tenemos una “solución” (en sentido químico del término) del Norte y del Sur en los momentos de la emancipación de la Europa del XIX. Phyllis Wheatley, poeta afro-estadounidense, alegoriza los EE. UU. como “Columbia” en 1776 (56). Guillaume Ryanal escribe sobre Columbia en 1770 y Robertson escribe sobre América en 1771 ya con tiras y aflojas, prejuicios y desigualdades con la dimensión “latina” por parte del norte “anglo.” La doctrina Monroe (1823) precede la guerra de EE. UU. con México (1848) y el engrandecimiento del territorio estadounidense, su expansionismo fronterizo hacia el océano Pacífico en el Oeste ya ha comenzado con fuerza antes de la guerra civil de 1861-5 que sin embargo se concentrará más en el lado atlántico. La nación de los EE. UU. se consolida, con o sin nomenclaturas inestables, en un blanqueamiento de genocidio indio y de esclavitud negra y con una dimensión mexicana apreciable cercanísima, si bien insistentemente subordinada hasta el día de hoy. Hay mapas conjuntos de Colombia Prima o América del Sur (1807) de Faden y d’Arcy de la Rochette (63) y de la América septentrional y meridional de 1819 de Pierre Lapie (67). ¿Cuándo se naturaliza la apropiación de América para los EE. UU. en el inglés convencional actual que tira lo que se llamará luego “lo latino” para abajo y afuera, mientras hace suya una visión hegeliana eurocéntrica, también en el mundo oficial e institucional? En las primeras décadas del XX, Alejandro Álvarez y otros hablan del derecho internacional americano con respecto a una Europa de un pasado inmediato imperial y colonialista. Los llamados próceres de la Patria, los libertadores, se imaginan un continentalismo americano. Los siglos venideros traerán un desmembramiento nacional/ista de esta unidad ciertamente colosal. Seguimos enredados en ambos.

Marixa Lasso contrasta la América anglófona y la América “hispanica,” así la llama, en relación con el factor étnico o racial en las fechas cercanas al nacimiento de las naciones latinoamericanas. Lo analiza en el contexto de la esclavitud. Habla de empeoramiento de las relaciones raciales post-independencia en la infancia de los EE. UU. (77). Lo contrario ocurre, defiende, en la América “latina o hispana” (78) donde el criollismo se sirve menos o explícitamente de un ideal blanco y apuesta por el mestizaje. Su afirmación rotunda es que “son sólo los EE. UU. los que construyen su identidad nacional como país

blanco con exclusión de los no-blancos de la nacionalidad de forma o norma reciente o la nueva comunidad imaginada (usando recurrente lenguaje proveniente de Benedict Anderson, cuya influencia permea *Primera Ola*)” (77-78). El capítulo explora estas trayectorias divergentes que culminan en el arrinconamiento historiográfico del recuerdo más amable e inspirador de la Gran Colombia en estos momentos republicanos iniciales. Lasso defiende este papel vanguardista a propósito del valor o concepto de la raza (91): ¿blanqueamiento más permeable, menos agresivo, menos explícito, más disimulado? Lasso se alía así con Francois-Xavier Guerra y Antonio Annino (79) para llevar a cabo lo que llama giro de la historiográfica que no sólo se enfoque en las élites, sino que también incluya los sectores inferiores (*lower classes*). Se quiere abrir el grado de apertura de la cámara fotográfica para que mayor luz de agente social americano. Suspende Lasso las narrativas de lo que llama futuro fracasado sin nombrar a nadie en particular (*future failure*, 79). El legado de la Ilustración es el favorito de este grupo entero de historiadores, que abre las opciones participativas para sectores amplios de la población americana (79). Aquí la bifurcación es clara, con la vertiente “latina blanda” en contraposición a la línea blanqueadora más dura y explícita “anglosajona.” La vanguardia: la Gran Colombia. Negros, mulatos y pardos se reparten del lado españolista y del republicano. La Sociedad Patriótica de Caracas, con Francisco Miranda entre sus miembros, promete conceder la ciudadanía a indígenas, negros libres y mulatos (80). Debemos imaginar una gama de “colores” y sensibilidades que no se dejan atrapar con facilidad en un par de frases. Podemos imaginar diversidad de asociaciones de masones con diversas membresías selectas y diversas posiciones criollas con respecto a esta igualdad republicana teórica (tolerancia tibia de la igualdad étnica, aceptación cautelosa, radicalismo igualitario estratégico, entusiasta, etc.) de los esclavos mayormente negros. La presencia india se nota mucho menos en estas páginas. La convención constitucional de la Gran Colombia de 1821 da por sentada la igualdad racial entre hombres libres. Otra cosa, y espinosa, es la abolición de la institución de la esclavitud: éstas son palabras mayores dentro y fuera del Sur de los EE. UU. y en la América latina, ya que los esclavos habían luchado a ambos lados del conflicto bélico (pro-español, pro-emancipador). Lasso defiende la edad dorada del mundo subalterno negro en estos primeros años republicanos con presión parda para empujar hacia una creciente igualdad más allá de las expectativas

criollas (83). Se incluye el nombre de Remigio Márquez, gobernador de la ciudad de Mompox en 1822, que pone a prueba el mundo oficial de armonía racial. Se menciona otro nombre: el General afro-colombiano José Prudencio Padilla presionado por la élite criolla, que será acusado y ejecutado por sedición en 1828. Los miedos de Bolívar y sus seguidores se calman un tanto (85). ¿Pintan mejor las cosas políticas si miramos al siglo XIX? Lasso dice que sí. No toca los venideros.

En los EE.UU., también tenemos que imaginar grandes enredos. Lasso ve un sistema más represivo y restrictivo en el Norte: entre 1820 y 1857, las leyes de igualdad y de voto sólo reconocen a los blancos (87), que al sur latino. Aunque cierta propaganda “patriota” tienda a pintar a Gran Bretaña como campeona de los derechos de los negros (86), las marcas de blancura y negritud se enredan con la libertad y la servidumbre y tiene que haber muchos espacios intermedios. Hay espacios entrecruzados, contradictorios entre la lealtad imperial y la rebeldía americana. Parece que los binarismos entre lo blanco y lo negro no nos sirven para mucho. Será pistoletazo de salida y la explicación histórica tendrá que demorarse. Los negros libres, no esclavos, no son aceptados como ciudadanos de los nuevos Estados Unidos y sin derecho a voto no pueden en verdad encaramarse a los ideales ilustrados. Y ahí estamos hasta el día de día con los sectores llamados “minorías”. Los culturalistas no se cansan de apuntar a las sombras alargadas de todas estas luces. Durante las celebraciones del Día de la Independencia en los 1810s-1830s: se violenta y se expulsa a negros libres (87). Aseveración de Lasso: “incluso a nivel simbólico, la revolución estadounidense [*American Revolution*] fracasa al no instaurar un nuevo régimen de relaciones raciales [realmente igualitarias]” (87). El jardín americano tiene al menos dos senderos que se bifurcan. ¿Fracasan los otros o fracasamos todos? Los miedos de Bolívar contrastan con los de Jefferson y Lasso parece hacer a ambos portadores de visiones más amplias, representativas y duraderas. Sufirán éstas serios obstáculos hasta el día de hoy. Los miedos bolivarianos son cautelosos y se esconden entremetidos en su correspondencia personal. Los jeffersonianos son públicos: sus notas sobre el estado de Virginia declaran que los negros tienen menos capacidad racional que los blancos (88). Hay también claro repudio de mezclas en el segundo (“que no se contamine la sangre del amo,” 88). Lasso habla del racismo anglosajón y de la mayor “tolerancia hispánica” (90) con las palabras de



Sergio Arboleda en 1869 sobre el factor mitigador del catolicismo. ¿Hay leyenda blanca en esta narrativa que tira hacia la latinidad americana de maneras raciales más “blandas”?

Dos para el tango: *Fracaso* de Beverley y *Primera Ola* de Thurner. El primero, individualista y culturalista; el segundo, grupal e historicista. Ambos tienen “lo latino” de América como centro de miras entre los postes de postcolonialismo y descolonización. Los postes se han movido varias veces en los dos últimos siglos, pero los historiadores se quedan con su especialización. Beverley, no. Estos postes, enormes polisílabos, significan cosas muy distintas en ambos libros: continuado deseo de procesos de emancipación hoy día truncados en el primero y encomiable momento ilustrado de brote criollo-nacionalista en América Latina a la par de otros en los EE. UU. y Europa en el segundo. Las nomenclaturas importan. Ninguno tira de lo “descolonial” que es parcela mignolesca, de la que ambos se distancian. Hay notables diferencias en estos quehaceres latinoamericanistas repartidos entre los Estados Unidos y el Reino Unido y otras ubicaciones. Las sensibilidades y los estilos son distintos, más “literario” el primero, más historiográficos los segundos, sin subirse a muchas ramas teóricas ni filosóficas, digamos. ¿Primera ola de otras? ¿Sólo fracasa América Latina? ¡Fracaso mayúsculo en todo caso! Angostamientos universitarios de la región mayormente hispanohablante en la zona anglo(-parlante) y Beverley y Thurner dicen bien poco al respecto. Maltrechos postcolonialismos desembocan en fracaso y empuje de unos estiramientos “neo-liberales” de principios de un nacionalismo americano que se constituye frente a una Europa que cesará de ser imperial y hegemónica y pasará a ser fiel a la nueva superpotencia del Norte hasta el día de hoy. Hay retrocesos de logros culturalistas de los años 90 y de las propuestas post- o descolonizadoras, al menos según lo cuenta Beverley. Lo constato desde la otra orilla. *Primera Ola* es volumen dispar y variopinto. Hay que reflotarlo dentro de la obra total de Beverley, que es punto de coexistencia desigual de cierto hispanismo y cierto latinoamericanismo en las últimas cuatro décadas. Los historiadores se quedan en su parcela profesional de época tardía del XVIII y del XIX con escasas incursiones en metodologías de los dos siglos siguientes. A mi parecer se quedan cortos y explicitan menos descontentos. Las partes se me antojan más que el todo de *Primera Ola*. El planteamiento de “primera ola” de otras da por supuesto toda

una serie de problemáticas que los desbordan. Los capítulos funcionan mejor por separado. Todo alimenta.

Algunas de las partes de *Fracaso* son más rescatables que el todo provocador y sumamente desigual. Beverley nos da una narrativa tremendista retrospectiva de fracaso mayúsculo, continental, que lo incluye. Thurner practica la abogacía de un globalismo que le sirve como plataforma internacional para la “publicidad” del Perú histórico dentro de los Andes, que es la especialización general de este conjunto de historiadores. Esto lo hace sobre todo con el legado del criollismo (“perro ontológico en barrio ajeno,” Edmundo O’Gorman dixit)<sup>11</sup>. que defiende, e incluso celebra, dentro de un cierto desnudamiento de bibliografía amplia que no puede quedarse sujeta a las dos últimas décadas. A este legado criollo Thurner no lo llama insuficiente. Nos quedamos sin saber cuál es la matriz axiológica en la que lo coloca para un posible relanzamiento latinoamericano “global” en horas chicas. Hay muchos aspectos que se dan supuesto y que no son para nada obvios o incluso deseables. Estamos en todo caso con unas dimensiones americanas llamadas “latinas” más invisibles y subdesarrolladas, que hermosas y visibles, desde luego en cursos universitarios convencionales en el mundo angloparlante. Fue “Tercer Mundo,” y ahora es parte del “Sur Global” con todas sus (post) colonialidades. Estos historiadores decimonónicos están casados con su par de siglos favoritos y todo lo que no sea eso les importa menos. No hay marco de referencia ambiciosa del legado criollo, ese “esquimal en la espesura de la selva tropical,” una segunda perla o’gormaniana (hemos citado a Morandé, Picón Salas, habrá otros). Tampoco dialogan con las “humanidades literarias,” digámoslo así de manera taquigráfica, o incluso taquicárdica, como si ahí no fueran nuestros historiadores de traje formal a encontrar gozo, sabor o nulo saber transferible. Dicen distanciarse de los “culturalistas” pero los tratan de un plumazo. Singularizan, tal vez demasiado, en Mignolo

---

<sup>11</sup> La historiografía mexicana es agujero negro en *Primera Ola*, que se estila latinoamericanismo con eje adeanista y peruanista. Me sigue pareciendo de rabiosa actualidad el texto de Edmundo O’Gorman, que fue su discurso de incorporación a la Academia de la Historia: *Meditaciones sobre el Criollismo*, leído en acto público el 24 de Julio de 1970. Publicado en Memorias de la Academia Mexicana. Tomo XXI. México 1975. Encomiable el talante disidente con colegas europeos y estadounidenses sobre temas englobantes. Hay otros proyectos que invocan el legado descolonizador desde Leopoldo Zea, por mencionar otro nombre, con miradores “globales” en UNESCO. Todo esto es digno de tenerse en cuenta para empresas internacionales, intra-institucionales descolonizadoras de altos vuelos.

como si fuera la única luz representativa negativa de la que se quieren distanciar. No incluyen a Aníbal Quijano ni a Immanuel Wallerstein, ambos desaparecidos recientemente. Enrique Dussel brilla por su ausencia<sup>12</sup> (también en Beverley). Son muchas las ausencias importantes, demasiadas. El “fracaso” beverleyano afirma, creo yo, un descontento amplio que no se puede quedar atado sólo a lo latino de América. Apela a “un socialismo influido desde abajo por los movimientos populares, por el feminismo, por poblaciones indígenas, asiático-latinas y afro-latinas, un socialismo no asentado en la forma estatal tradicional, aunque es capaz de dirigirlo, distinto de un socialismo de uniformidad cultural, abierto a la interculturalidad, a las nuevas identidades, a la diferencia sexual, a los derechos de las mujeres, a ideas diferentes de gobernabilidad, a ideas diferentes de historia y territorio, a distintas relaciones de propiedad y el mercado, y una nueva relación con la naturaleza” (mi traducción, 134).

Este es una de las afirmaciones “positivas” del futurismo de *Fracaso* entre los siete temas (colonialidad, Estados Unidos, catolicismo, barroco, estado-nación, socialismo y los hispanos o latinos en los EE. UU.). El signo deseable (socialismo) es signo genérico, abstracto, sin nombres propios. A las orejas convencionales estadounidenses, socialismo suena a cañonazos. Estos sustantivos... marchitos o podridos: tachémoslos todos excepto los dos últimos. Hay que imaginarlos tendencias, que surjan de sectores populares, desde abajo. La “identidad” es todo aquello maleable y supuestamente levantisco y beligerante que no se puede apresado en el estatismo o esta u otra institución y que lance interrogantes impertinentes a la historia, la política, la comunidad, la naturaleza e incluso la literatura. Beverley afirma el potencial de los hispanos o los latinos en los EE. UU. Se nos dice que esto de “latino” es un vocablo erróneo (“misnomer,” 136), pero que puede dar sus frutos. Se enfatiza la marca lingüística del español. Se dice una barbaridad, que ya constituyen la segunda comunidad hispanohablante por detrás de México en el mundo (136). Los miedos de Huntington se han hecho realidad en el sentido diferencial que atiende a la marca etno-racial-lingüística que se consolida respecto al ideal asimilativo “anglosajón” angloparlante (136). ¿De qué chistera saca este conejo nuestro Beverley? Los modelos de asimilación con pérdida de

---

<sup>12</sup> Véase mi entrevista con Dussel que todavía se deja leer con gusto, *Boundary 2* (2001).

herencia lingüística de generaciones precedentes continúan hasta la fecha. Las licenciaturas con componente de la lengua en que está esto escrito se encuentran brutalmente debilitadas, con o sin Jennifer López y Shakira amenizando la final de SuperBowl. Pero J.Lo ahora se llama Afleck. ¿Son ellas alegoría latina de los EE. UU. futuros? Termina Fracaso en el criterio cuantitativo de 1 billón de personas para el año 2110 (138-9), y que lo podamos ver con buenos ojos todos los aquí reunidos en estas páginas. Lo que Beverley afirma es en realidad un *cocktail* de mezclas. ¿Sería esto latinoamericanización? En cualquier caso, la pelea por sus significados continuará a buen seguro dentro y fuera de las instituciones educativas y de las fronteras nacionales dentro de una inmensa zona americana, de Alaska a la Patagonia de significación meritoria si bien declinante con respecto a la hegemonía china en lo que será, en verdad, un nuevo mundo.

## Referencias

- Beverley, J. (2019). *El fracaso de Latinoamérica*, traducción de Yannelys Aparicio, *Letral*, Núm. 21, 4-23.
- Gómez Herrero, F. (2012). Desapego de todo Universalismo, incluido el de Occidente *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXVIII, Núm. 76, 471-506.
- Gómez Herrero, F. (2020). Sobre la crisis oficial de la política exterior estadounidense en las primeras décadas del nuevo siglo. *Nuevo Texto Crítico*, Vol. XXIII, Núm. 45/46, 15-39.
- Gómez Herrero, F. (2007). Geopolítica, Geocultura, Hispanismo, *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas "Las Dos Orillas" 19-24 Julio 2004 (Monterrey, México)*, Ed. Mariscal, B., y María Teresa Miaja, M.T. México: Fondo de Cultura Económica, Asociación Internacional de Hispanistas, Tecnológico de Monterrey, El Colegio de México, Vol. 4, 243-256.
- Gómez Herrero, F. (2006). La identidad nacional estadounidense según Huntington, *Casa de las Américas*, 242, 22-35.
- Gómez Herrero, F. (2003). Plights and Flights of Historical Reason Within and Against Pax Americana, *Nepantla: Views from the South*, 4/3, 567-589.
- Gómez Herrero, F. (2005). About the Subaltern and Other Things: A Conversation with John Beverley, *Disposition: American Journal of Cultural Histories and Theories*, 52, vol. XXV, 343-372.

- Gómez Herrero, F. (2002). Sobre la diferencia colonial, o acerca de la emergencia de un pensamiento que no ha sido considerado como tal. Entrevista con Walter D. Mignolo, *Ciberletras*: 25pp.
- Gómez Herrero, F. (2001). Ethics is the Original Philosophy; or the Barbarian Words Coming From the Third World. An Interview with Enrique Dussel, *Boundary*, 2, 28/1,19-73.
- Volpi, Jorge (2009). *El Insomnio de Bolívar: Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el Siglo XXI. Premio Debate Casa de América*. Barcelona: Random House Mondadori, 2009.

La Revista Umbral es la revista inter y transdisciplinaria sobre temas contemporáneos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Forma parte de la plataforma académica Umbral, auspiciada por la Facultad de Estudios Generales y el Decanato de Estudios Graduados e Investigación. Promueve la reflexión y el diálogo interdisciplinario sobre temas de gran trascendencia, abordando los objetos de estudio desde diversas perspectivas disciplinarias o con enfoques que trasciendan las disciplinas. Por esta razón, es foro y lugar de encuentro de las Ciencias Naturales, las Ciencias Sociales y las Humanidades. Sus números tienen énfasis temáticos, pero publica también artículos sobre temas diversos que tengan un enfoque inter o transdisciplinario. La Revista Umbral aspira a tener un carácter verdaderamente internacional, convocando a académicos e intelectuales de todo el mundo. La Revista Umbral es una publicación arbitrada que cumple con las normas internacionales para las revistas académicas. Está indexada en [Open Journal Systems](#), [Latindex](#) y [REDIB](#).

Disponible en [umbral.uprrp.edu](http://umbral.uprrp.edu)

La Revista Umbral de la Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras  
está publicada bajo la [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](#)